

Juan Andrade  
Fernando Hernández Sánchez  
(eds.)



akal

# 1917 La Revolución rusa cien años después



Juan Andrade  
Fernando Hernández Sánchez  
(eds.)



# 1917 La Revolución rusa cien años después



**Akal / Reverso / 3**

Juan Andrade y Fernando Hernández Sánchez (eds.)

**1917**

**La Revolución rusa cien años después**

La Revolución rusa fue el acontecimiento más trascendental del siglo xx. El asalto al Palacio de Invierno de Petrogrado en octubre de 1917 fue vivido como la materialización inesperada de una utopía largamente perseguida: la de la ocupación del poder por parte del proletariado y la construcción de una nueva sociedad sin clases. El acontecimiento espoleó conciencias, amplió el horizonte de expectativas de las clases populares e inspiró revoluciones y regímenes políticos por todo el mundo. También desató el pánico y la reacción virulenta de sus posibles damnificados y la hostilidad de quienes, aun simpatizado con su arranque, no compartieron su devenir.

A radiografiar este magno acontecimiento y sus consecuencias –políticas, sociales y culturales–, la evolución del mundo surgido de ella y el mito y la memoria de la revolución en la actualidad se consagra *1917. La Revolución rusa cien años después*, una visión poliédrica, diversa y coral, de la revolución y el siglo que engendró.

Juan Andrade, Josep Fontana, Leopoldo A. Moscoso, Pablo Sánchez León, Antoni Domènech, Wendy Z. Goldman, Rosa Ferré, Serge Wolikow, Aurora Bosch, Elvira Concheiro, Sebastiaan Faber, Ángel Duarte, Francisco Erice, José Luis Martín Ramos, Josep Puigsech Farràs, José M. Faraldo, Michelangela Di Giacomo, Novella di Nunzio, Jesús Izquierdo Martín, Jairo Pulpillo López, Constantino Bértolo, Guillem Martínez, Álvaro García Linera, Enzo Traverso y Fernando Hernández Sánchez.

**Juan Andrade** es doctor en Historia contemporánea y profesor en la Universidad de Extremadura. Su trayectoria investigadora se ha centrado en los movimientos sociales y los partidos de la izquierda, del franquismo a la actualidad, prestando particular atención a la transición, tema en el que ha destacado por su mirada crítica y renovadora con el libro *El PCE y el PSOE en (la) transición* (2012). También es autor, junto a Julio Anguita, del libro *Atraco a la memoria* (Akal, 2015).

**Fernando Hernández Sánchez**, doctor en Historia contemporánea, es profesor de la Facultad de Formación de Profesorado y Educa-

ción de la Universidad Autónoma de Madrid. Autor de *Comunistas sin partido: Jesús Hernández, ministro en la guerra civil, disidente en el exilio* (2007), *El desplome de la República* (con Ángel Viñas, 2009), *Guerra o revolución. El PCE en la guerra civil* (2010), *Los años de plomo. La reconstrucción del PCE bajo el primer franquismo* (2015) y *El bulldozer negro del general Franco* (2016).

Diseño de portada  
RAG

Reservados todos los derechos. De acuerdo a lo dispuesto en el art. 270 del Código Penal, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes sin la preceptiva autorización reproduzcan, plagien, distribuyan o comuniquen públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, fijada en cualquier tipo de soporte.

Nota editorial:

Para la correcta visualización de este ebook se recomienda no cambiar la tipografía original.

Nota a la edición digital:

Es posible que, por la propia naturaleza de la red, algunos de los vínculos a páginas web contenidos en el libro ya no sean accesibles en el momento de su consulta. No obstante, se mantienen las referencias por fidelidad a la edición original.

El capítulo 6 ha sido traducido del francés por Alcira Bixio; la traducción del capítulo 15, del italiano, es obra de Sandra Chaparro; Juanmari Madariaga, por su parte, es el responsable de la traducción de los capítulos 4 y 20 (del inglés).

La versión original de este último capítulo, de Enzo Traverso, fue publicada como «Historicizing Communism: A Twentieth-Century Chameleon», en la revista *South Atlantic Quarterly*, Volume 116, no. 4 (2017). Aquí se reproduce con la autorización expresa del titular del copyright, Duke University Press ([www.dukeupress.edu](http://www.dukeupress.edu)).

© Los autores, 2017

© Ediciones Akal, S. A., 2017

Sector Foresta, 1  
28760 Tres Cantos  
Madrid - España

Tel.: 918 061 996  
Fax: 918 044 028

[www.akal.com](http://www.akal.com)

ISBN: 978-84-460-4483-3

## Los tiempos de la Revolución rusa (1917-2017)

Juan Andrade

Las imágenes del asalto al Palacio de Invierno de Petrogrado que los bolcheviques protagonizaron la noche del 24 al 25 de octubre 1917 han poblado durante décadas los sueños y pesadillas de buena parte de la humanidad. Todavía hoy están presentes, como un icono inquietante cargado de significados múltiples, en el imaginario de quienes en algún momento se hayan detenido a mirar el no tan viejo siglo XX. Cuando en 2002 el historiador Eric Hobsbawm publicó su autobiografía con 85 años edad, escribió al respecto: «El sueño de la Revolución de Octubre permanece todavía en algún rincón de mi interior»[1]. Que aquel sueño sobreviviese en un estudioso de la contemporaneidad, que apenas tenía tres meses cuando se produjeron los hechos, da fe de la onda expansiva de un acontecimiento que dio forma a las aspiraciones políticas y personales de varias generaciones, a veces, como es el caso, a lo largo de toda una vida.

La hostilidad hacia la Revolución rusa también sobrevivió al mundo surgido de ella, como si el encono fuera necesario para sofocar las ascuas que en algún momento de oscuridad todavía lucen bajo sus cenizas. Hace poco Richard Pipes, historiador nagenario especializado en el tema y asesor en su día del presidente Ronald Reagan, respondía taxativamente lo siguiente a la pregunta que en una entrevista le formulaban sobre el legado de la revolución: «La Revolución rusa fue uno de los sucesos más trágicos del siglo XX. No hubo absolutamente nada positivo ni grandioso en aquel acontecimiento»[2]. Si desde los refinados ámbitos intelectuales se ha dado tal confrontación en torno a la vivencia de la Revolución rusa o a propósito de su significado – siempre en favor de sus detractores o desencantados–, no es difícil intuir cuán virulenta ha sido la que se ha librado en el cuerpo a cuerpo de la vida política.

La potencia de la Revolución rusa pudo medirse desde primera hora por su capacidad para lograr una armonía de contrarios. Pese a ser tan novedosa como inesperada, cobró la forma del acontecimiento con el que tanto habían fantaseado, o que tanto

habían temido, sus coetáneos. Pese a ser una revolución propiamente rusa –que contradecía los pronósticos de la tradición socialista europea acerca de dónde y cómo habría de producirse el acceso al poder del proletariado–, se expresó en códigos ya entonces universales. Entre otras cosas, porque bebió de una larga tradición popular y plebeya desde la cual el asalto al Palacio de Invierno se prestaba automáticamente a analogías y paralelismos con las imágenes, tan bien impresas en la memoria popular, de la Toma de la Bastilla en 1789, del ascenso al poder de los jacobinos en 1792, de la Revolución de Marzo en la Prusia de 1848 o de la Comuna de París de 1871. En este sentido la Revolución rusa puso de manifiesto lo que Reinhart Koselleck viene explicando a partir de la metáfora de «los estratos del tiempo» con la que trata de zafarse de la clásica disyuntiva entre la representación lineal y la representación cíclica del tiempo histórico: que la recurrencia es un presupuesto básico de la unicidad, que sin las estructuras de repetición no son posibles los sucesos únicos, que sin el retorno –al menos por planificación análoga– de las experiencias revolucionarias previas no hubiera sido posible este acontecimiento inaudito[3]. Lo curioso de la Revolución rusa no es solo que se saltara hacia adelante el estadio intermedio previsto por la socialdemocracia de la época en el largo camino al socialismo, sino que en la remisión a sus antecedentes también se saltó en cierto sentido la etapa más inmediata representada por esa misma socialdemocracia, para enlazar, de manera pocas veces verbalizada, con tradiciones revolucionarias e insurreccionales previas. No en vano en 1918 Rosa Luxemburg dijo de los bolcheviques que eran «los herederos históricos de los niveladores ingleses y los jacobinos franceses»[4].

Por todo ello la revolución pudo ser inmediatamente leída en medio mundo. En algunos casos lo fue como ejemplo a emular de manera mimética; en otros, como fuente de inspiración creativa; en cualquier lugar, como un hecho trascendental que sacudió las conciencias y aumentó el horizonte de expectativas de buena parte de las clases populares. En este sentido la dimensión mundial del acontecimiento radicó muy especialmente en los anhelos e ilusiones que sobre él se proyectaron. Quienes miraron la Rusia de 1917 *a priori* entusiasmados se encontraron no ya con lo que entonces podía estar sucediendo, sino con formas imprecisas que, *mutatis mutandis*, vinieron a encajar en los contornos de sus deseos.



La potencia de la Revolución rusa fue tremenda, porque supuso la materialización de una utopía alimentada secularmente. La Revolución rusa transmutó el ámbito de lo deseable en el horizonte inmediato de lo posible, porque este coincidía por primera vez con lo que se acababa de lograr en uno de los países más vastos del mundo. Con la Revolución rusa la especulación sobre el futuro, tan característica del primer socialismo, cedió a la prospectiva, y la acción experimental, a la estrategia con visos de triunfo. La victoria de los bolcheviques generó una seguridad tremenda en quienes venían desarrollando una acción política cargada de riesgos e incertidumbre, así como un entusiasmo alimentado por la sensación de desquite que semejante triunfo generó en quienes, además de derrotas políticas recientes, sufrían una posición subalterna ancestral.

Pero la revolución también despertó temores, desconfianza y rechazo en buena parte del movimiento obrero occidental, porque dinamitaba las certezas teóricas con las que se venía explicando el mundo, recusaba su proclividad a la integración en el capitalismo y su complicidad con la Gran Guerra y profundizaba las fracturas abiertas en su seno hasta llevarlas a la escisión. También porque en su decurso la revolución contradecía ideales de libertad, democracia y autonomía muy arraigados en la tradición obrera[5].

Por su contraste con la socialdemocracia, la revolución aterrizó a las clases dominantes. Para preservar el poder frente al sabotaje interior y los furibundos ataques exteriores, los bolcheviques aplicaron una violencia extrema, con la brutalidad que ello entraña para quien la sufre y el embrutecimiento que genera en quien la ejecuta. Los bolcheviques irrumpieron entonces como un antagonista no solo inasimilable, sino opuesto a cualquier transacción; y convencido además de que, no ya la construcción del socialismo, sino la sola supervivencia de quien se propusiera seriamente la toma del poder con ese objetivo dependería de la eliminación del enemigo. Ese cálculo tan frío como propio de la política moderna resultó más aterrador para los de arriba, en la medida que vino acompañado de una imagen atávica muy familiar: la del levantamiento colérico y tumultuoso, hasta entonces pasajero y neutralizable, de los de abajo. Y esa conjunción de tumulto y política moderna cobró en Rusia la primera forma acabada, contemporánea e infinitamente más peligrosa de la «rebelión de las masas»[6]. Más allá de la insurrección, la revolución activó extraordinariamente a la sociedad por abajo y abrió un amplio y

creativo campo de experimentación en las formas de autoorganización democrática de la gente común. Con el estalinismo la brutalidad se expandió más allá de la amenaza exterior sufrida y se re-direccionó especialmente contra la disidencia del interior del partido y la revolución. Al cabo del tiempo se disipó hasta dejar como herencia el control burocratizado sobre una sociedad más bien apática.

La Revolución rusa fue el acontecimiento fundante de un tiempo nuevo. La revolución atravesó como un vector el siglo XX con tal intensidad que hasta el ya citado Eric Hobsbawm se atuvo a su trayectoria para acotar y acortar la pasada centuria, con su despegue en el contexto de la guerra de 1914 y su declive con la caída del socialismo real en 1991[Z]. La institución de esta nueva temporalidad vino dada por la originalidad del acontecimiento, que dinamitó la piedra angular del modelo civilizatorio imperante, la propiedad privada, y construyó el primer Estado obrero de la Historia. Semejante Estado emergió en el ámbito de las relaciones internacionales para trastocar, primero, los planes de las viejas potencias en la Primera Guerra Mundial y para disputarle, después, la hegemonía a la gran superpotencia consolidada tras la Segunda, Estados Unidos. La Revolución rusa fue concebida como el detonante de una revolución mundial, cuya expansión, sin embargo, se vio frustrada enseguida en los años veinte. La ampliación territorial de la URSS, el avance del Ejército Rojo por Europa a costa del nazismo, el triunfo de Mao Zedong en China y diferentes oleadas revolucionarias producidas al socaire muchas veces de los procesos de descolonización hicieron que varias décadas después un tercio del mundo estuviese regido por sistemas políticos inspirados en ella. Con sus flujos y sus reflujos, el tiempo de la revolución se dilató casi siempre de manera imprevista y nunca de forma lineal.

La revolución constituyó la principal amenaza externa para los países capitalistas a lo largo del siglo XX y también su principal peligro interno. A veces penetró en ellos por el impacto de un ariete exterior o en forma de caballo de Troya, pero normalmente fue una sustancia característica del propio cuerpo, sobre la cual los hechos de Octubre, o las interpretaciones que de ellos se construyeron en cada lugar, funcionaron en todo caso como levadura o reactivo. Para hacer frente al peligro de la revolución estos países recurrieron al fascismo o al reformismo social preventivo, por más que la revolución no fuera la causa exclusiva de ambos fenómenos. Sin el mundo surgido de la revolución, el re-

formismo no hubiera llegado tan lejos. Y sin el mundo surgido de la revolución el fascismo no hubiera sido derrotado, al menos tan pronto.

De acuerdo con la concepción cristiana del tiempo, entonces muy presente todavía aunque fuera en su versión secularizada, la revolución fue vivida como un salto trascendente por unos y como el apocalipsis por otros. Desde una perspectiva racionalista de cuño hegeliano, la razón de la revolución fue abriendo paso con su desenvolvimiento a lo que muchos llamaban futuro. Luego, en los llamados años de la distensión de la Guerra Fría y el estancamiento en la URSS, el tiempo de la revolución se fue ralentizando y, a ojos de muchos ciudadanos, terminó por congelarse en su mortecino declinar. Cuando finalmente sucumbió el socialismo real, la visión escatológica inicial de los revolucionarios fue asumida por sus enemigos para certificar «el fin de la historia»[8].

¿Fue 1991 el último año del tiempo de la revolución, como así vaticinaron los demiurgos de «el último hombre»[9]? Durante un tiempo parecía que así era, y que el capitalismo y la democracia liberal solo eran contradichos como estadio conclusivo de la historia por movimientos regresivos de corte identitario o religioso. Sin embargo, muchos han vuelto a ver al viejo fantasma que antaño recorrió Europa vagar en las últimas décadas de forma más sinuosa por lugares insospechados, camuflado entre las multitudes que arrojaron los gobiernos posneoliberales de América Latina, Nepal y algunas regiones de la India, o entre aquellas otras que ocuparon la plaza Tahrir de El Cairo durante las primaveras árabes, la de Sol en Madrid el 15M o el mismo epicentro de Wall Street en 2011. Así lo vieron con entusiasmo muchos partidarios de una revitalización de la idea de comunismo, reunidos en los concurridos congresos que tuvieron lugar, por este orden, en Londres, Berlín y Nueva York entre 2009 y 2011. Para algunos de los ponentes tales movimientos representaban un retorno del espíritu emancipador –«la vuelta de la idea sobre sí misma»–, esta vez depurado de las desviaciones de su experiencia real en el pasado siglo XX[10]. También lo vieron allí con temor quienes antes trataron de matarlo a fuerza de certificar su muerte de manera prematura. Curiosamente, ahora le devolvían a la vida denunciando a voz en grito, frente a quienes se estaban movilizando bajo otros significantes, que en el fondo promovían los viejos significados revolucionarios. En definitiva, en los últimos años el

comunismo ha retornado en varias ocasiones, al menos como proyección o exageración, como deseo o estigma.

Así como en la actualidad se ha denunciado el retorno tal cual de aquel pasado amenazante, así también ese tiempo de 1917 ha sido sobre todo considerado, y por extensión juzgado, con los parámetros de hoy día. La actualidad de un acontecimiento histórico puede medirse atendiendo a la perspectiva presentista con que se observa. Cuanto más cercano se siente, más se valora con los criterios del tiempo en curso y más enconados son también algunos de los usos públicos que se hacen de su memoria.

Este año se cumple el centenario de la Revolución rusa y a buen seguro que el acontecimiento cobrará actualidad sobre todo en este sentido presentista. Como en nuestro presente prevalece –aunque siempre en disputa con visiones críticas– un horizonte de pensamiento antiutópico y naturalizador del capitalismo, es de esperar que las visiones sobre la revolución del 17 la caractericen, si acaso, como una anomalía al final corregida por el curso lógico de la historia; más previsiblemente, como la fuente de los grandes males de la pasada centuria que todavía hoy sigue inspirando opciones peligrosas; o, sobre todo en este tiempo de crisis, como un punto de referencia al que recurrir fácilmente para, por la vía de un contraste extemporáneo, subrayar cuán bien estamos con respecto a aquel modelo.

Este libro responde al reto de explicar la revolución desde los parámetros de su propio tiempo, sin dejar de reconocer que cualquier mirada sobre el pasado, por rigurosa que sea, está troquelada por las inquietudes del presente. De igual modo, el libro pretende analizar directamente los discursos que en la actualidad se están produciendo acerca de aquel acontecimiento, el lugar que ocupa en la memoria y los imaginarios de este siglo XXI, sin perjuicio de que cada cual exprese el lugar que ocupa en los suyos propios. Los textos que aquí se presentan comparten el gusto por el rigor y la fundamentación, pero responden a las diferentes y plurales inquietudes de sus respectivos autores. Los editores lo concebimos con la idea de que representara, en general, un enfoque distinto en muchos sentidos (temático, metodológico, discursivo) al de la mayoría de las obras que sabíamos o intuíamos iban publicarse o reeditarse a raíz de la efeméride, sin que por ello constituyera ninguna clase de propuesta interpretativa consensuada colectivamente. Muy al contrario, al tiempo que buscábamos autoras y autores que ofrecieran una visión dis-

tinta con respecto a lo que iba a publicarse, buscábamos también autores y autoras que ofrecieran enfoques, en todos esos sentidos, diferentes entre sí. Para ello el libro cuenta con un total de 23 mujeres y hombres pertenecientes a distintas generaciones. La mayoría viene del campo de la historia, pero también los hay que proceden de la filosofía, la ciencia política, el periodismo, la crítica literaria y el arte. Los hay de distintos países, de España la mayoría, pero también de Francia, Italia, Estados Unidos, México y Bolivia.

Cuando concebimos el proyecto, nos preocupaba incurrir en algo frecuente en las obras colectivas: una suerte de miscelánea derivada de la agregación a posteriori de trabajos elaborados por especialistas en lo suyo. Por el contrario, nos planteamos el reto de construir una obra con sentido de conjunto a partir de trabajos que se complementasen al menos temáticamente, ya fuera proponiéndoselos a aquellos que hubieran trabajado en el tema en cuestión, ya fuera proponiéndoselo a quienes, habiendo destacado en otros temas, asumieran el reto de ponerse a pensar en ello.

Con la intención de proponer un orden a ese marasmo de dimensiones temporales que rodea a un acontecimiento de la magnitud de la revolución del 17 y dar vía libre a las inquietudes de cada cual, decidimos estructurar este libro en cuatro grandes bloques temáticos. El primero agrupa los capítulos que tratan de las trayectorias políticas que condujeron al Octubre bolchevique y del proceso que se abrió con el asalto al Palacio de Invierno. El segundo, los que analizan los intentos de expansión de la revolución por Europa y el impacto que tuvo aquí y en otros lugares del mundo. En el tercero se agrupan aquellos que abordan la evolución del mundo surgido de la Revolución rusa desde que esta se consolida definitivamente con el estalinismo hasta que se produce el colapso de los países del llamado socialismo real. El cuarto se ocupa de las memorias, las narraciones, las imágenes y los discursos que a propósito de la revolución de 1917 se han construido en nuestro tiempo.

## EL TIEMPO PREVIO A LA REVOLUCIÓN DE OCTUBRE

Como explican **Leopoldo Moscoso y Pablo Sánchez León**, la expectativa de la revolución había venido declinando dentro del movimiento obrero occidental, a resultas de medio siglo de cre-

cimiento de la cultura obrera, sobre todo en Alemania, país que, tras la derrota de la Comuna de París y a partir del Congreso de Ámsterdam de 1900, llevaba la voz cantante de la II Internacional. Alemania había experimentado una intensísima industrialización al calor de la cual se había formado un proletariado industrial numeroso, concentrado en grandes unidades productivas, moderno y relativamente compacto, muy diferente de la abigarrada base social –todavía deudora de la tradición artesanal– del primer movimiento obrero. Sobre esta nueva base, la socialdemocracia alemana levantó un partido unificado y poderosos sindicatos, amén de una contrasociedad civil constituida por cooperativas, casas del pueblo, clubs deportivos y una amplia red de periódicos, revistas, editoriales y bibliotecas. La pulsión insurreccional se fue sofocando en beneficio de una orientación reformista que pugnaba por la ampliación del sufragio, la igualdad de derechos, la mejora de las condiciones de trabajo y el incremento de la capacidad adquisitiva de los trabajadores. La actividad parlamentaria, la acción sindical y la gestión de esa contrasociedad hicieron de la socialdemocracia la verdadera vía de integración de los obreros en el Estado y en el mercado.

En ese contexto la idea de revolución, que no desapareció ni de la retórica ni de los textos del movimiento obrero, se fue diluyendo del horizonte de expectativas de los trabajadores y dejó de ser, en el sentido que a este concepto dan en su trabajo Moscoso y Sánchez León, objeto de entusiasmo. En las formulaciones de los grandes teóricos del socialismo alemán, la revolución ya había quedado reducida unos años atrás a una remota aspiración al final resultante de un largo proceso acumulativo de reformas (Bernstein) o a un salto a realizar en un futuro indefinido una vez se hubiera recorrido un largo proceso de desarrollo económico capitalista y político parlamentario (Kautsky)[11]. En la práctica política de aquel tiempo, la revolución cobró si acaso la forma de una ilusión identitaria o de un órdago a esgrimir en los momentos de transacción con el poder.

La Revolución de Octubre rompió la lógica de los tiempos y quebró los esquemas interpretativos y propositivos de la II Internacional. Los bolcheviques no se resignaron a esa concepción del tiempo lineal, progresiva y teleológica que exigía pasar previamente por un largo estadio de desarrollo liberal burgués antes de llegar al socialismo. Tampoco se sometieron a las limitaciones de lo que, en el argot de la época, se llamaban las condiciones objetivas, ni permanecieron a la espera de que el desarro-

llo mecánico de las fuerzas productivas les diera luz verde para la subversión. Los bolcheviques leyeron las condiciones materiales como condiciones de posibilidad, acelerando –con ciertas dosis de voluntarismo– el tiempo histórico y dilatando los límites de lo posible por medio de la acción subjetiva. La acción política de los bolcheviques se movió entre la urgencia y el sentido de la oportunidad, entre su negativa a concebir el socialismo como advenimiento fatal y el olfato que les llevó a lanzarse a la toma del poder justo en el momento en el que el poder estuvo al alcance de sus manos.

Esta oportunidad se fundamentó en los análisis de Lenin acerca del «Imperialismo como etapa superior del capitalismo» y en la teoría consecuente del «eslabón más débil». Lenin planteaba que las cadenas del capitalismo no se romperían allí donde el desarrollo económico había narcotizado a una parte de la clase obrera y cooptado a los dirigentes socialdemócratas, sino en los países de la periferia, donde al malestar por la explotación económica podía sumarse el rechazo a la dominación del capital extranjero. La conclusión de que en su fase de desarrollo imperialista el capitalismo canalizaba la competitividad intranacional hacia afuera, lanzando a los países a confrontar militarmente por la apropiación de recursos y la apertura de mercados, fue vista por Lenin como una oportunidad para, apelando al malestar popular, convertir esa guerra de intereses económicos entre Estados en una guerra nacional entre clases, que sería, a su vez, el detonante de la revolución mundial[12].

En este y en otros muchos sentidos la Revolución rusa fue hija de la Gran Guerra. La Gran Guerra no solo precedió a la revolución sino que la acompañó en todo momento como experiencia, memoria e inercia. La mayor parte del mundo de aquella época estaba familiarizado –y algunos entusiasmados– con la idea de la guerra y con la brutalidad con que vino a librarse. La Primera Guerra Mundial fue respaldada por los viejos imperios y por los emergentes, por monarquías y repúblicas, por la derecha y por la izquierda[13]. El profesor **Josep Fontana** nos cuenta la facilidad con que –apenas dos años después de que aprobasen lo contrario en el Congreso de la Internacional de Basilea– los diputados socialistas alemanes y franceses aprobaron en agosto de 1914 los créditos necesarios para participar en ella. La idea de la guerra como continuidad de la política por otros medios era transversal a los diferentes sujetos políticos del momento. **Ángel Duarte** nos recuerda, por ejemplo, que los republicanos españo-